

CASTERBERG  
HILL

*Casterberg Hill*

Copyright © 2022 Judit Fernández

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.  
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta  
28036 Madrid  
[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)  
[www.facebook.com/librosdeseda](https://www.facebook.com/librosdeseda)  
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)  
[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Gema Martínez Viura  
Maquetación: Rasgo Audaz

Imágenes de cubierta: © Joanna Czogala/Trevillion Images (dama en primer plano); © RichartPhotos/Shutterstock (mansión de fondo)

Depósito legal: M-30717-2023  
Primera edición: diciembre de 2023

ISBN: 978-84-19386-29-8

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

JUDIT FERNÁNDEZ

CASTERBERG  
HILL

Libros de  
*seda*

*A mi madre,  
que nunca ha dejado de creer en mí.*



## Prólogo

*Londres.*

*Primavera, 1866*

**L**os carmesíes y violetas de la tarde estaban en su máximo esplendor cuando la joven de ojos azules recorrió la cortina de terciopelo del carruaje. La callejuela estaba desierta, apenas se vislumbraban un par de caballos atados bajo una tejavana y ningún transeúnte a la vista. Satisfecha, dejó caer la tela y se volvió hacia la sirvienta que aguardaba a su lado con el ceño fruncido y los labios prietos. Clarice sonrió, gesto que la otra muchacha devolvió, poco convencida, antes de romper el silencio con un suspiro.

—Ya sé que no es asunto mío, pero debo hacerlo, señorita Richemond, o no me quedaré tranquila: lo que hacemos no está bien —protestó Jane mientras cruzaba los brazos bajo la mantilla de punto que la cubría.

—Ay, Jane, sé que no es lo ideal, pero ya sabes lo que opina Russell al respecto. Debemos casarnos antes de contárselo

a mi hermano, o Tim lo descartará por su falta de linaje —contestó Clarice y amplió la sonrisa—. ¡Vamos, no seas así, no es tan malo! Piensa en los preparativos que nos ahorramos: invitaciones, trajes, recepción...

—Aunque así sea, ¿por qué tiene la costumbre de citarla en un sitio tan deprimente y alejado como este? Ni siquiera sé en qué calle estamos. ¿No sería más lógico verse en Hyde Park o en un café del centro? Este lugar me da escalofríos, ¡y mire qué hora es, casi las siete y media! Ningún caballero decente consideraría siquiera que...

—Shhh, calla, Jane, he oído algo —interrumpió Clarice haciendo caso omiso de sus quejas.

Ambas jóvenes se asomaron a la ventana, para comprobar que una calesa negra tirada por un único caballo se aproximaba por entre las callejuelas. Clarice sonrió al ver que se detenía y de ella descendía un hombre, aquel al que había estado esperando, el hombre al que amaba. Sin esperar a que su dama de compañía dijese algo más, la joven abrió la portezuela y corrió a reunirse con el recién llegado, que la estrechó entre sus brazos antes de besarla. Un beso se convirtió en dos, y dos en tres, y no fue hasta que la joven se apartó con una leve risa embobada cuando él centró la mirada en el carruaje.

—¿Estás sola? —inquirió.

—Sí, sí, he hecho como siempre me dices, contratar a un cochero del centro que no guarda ninguna relación con mi familia. No te preocupes, mi amor, no van a descubrirnos —asintió Clarice antes de besarlo en la mejilla—. ¿Está ya todo listo para mañana? ¿Has logrado organizarlo sin levantar sospechas?

—Por supuesto, tú encárgate de estar allí a la hora convenida y seremos marido y mujer —confirmó él—. ¡Ah, mi Clarice! No veo la hora de poder llamarte esposa, de poder tenerte en mis brazos.

—Russell, calla, calla, nos van a oír —se rio Clarice.

—¡Qué me oigan todos! Te amo con cada fibra de mi ser, *lady* Clarice Richemond, y no me avergüenza admitirlo. Llevo esperando toda una vida para conocerte, y dentro de unas horas podremos dejar de escondernos.

—No veo el momento... ¡Te adoro, Russ!

El hombre no respondió. En su lugar, tomó las mejillas de la joven y se acercó a su rostro para volver a besarla. La caricia se tornó apasionada y Clarice sintió que se derretía bajo sus manos como mantequilla caliente. Russell era todo lo que siempre había soñado: joven, amable, caballeroso, dulce y atento. Parecía un príncipe de cuento de hadas de carne y hueso, con su cabello cobrizo, sus ojos grises y su enorme atractivo. A Clarice no le importaba lo más mínimo que no procediera de familia noble, haría lo que fuera necesario para estar con él. Incluso si eso suponía desafiar a su hermano.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una caricia y todo su raciocinio voló con el viento, llevado por los susurros de amor de Russell. Estaba a punto de rodearle la espalda para abrazarlo cuando un carraspeo a su espalda logró que se alejaran. Jane había descendido del carruaje con un pequeño paquete entre las manos y al verla Clarice sonrió. Russell, sin embargo, no compartió su alegría.

—Creí haber sido claro al decir que no quería testigos, Clarice —gruñó con frialdad.

—No te preocupes, Jane es de mi total confianza —lo tranquilizó ella.

—Que no se vuelva a repetir, nada nos garantiza que en cuanto llegue a Richemond Manor no vaya a irle con el cuento a tu hermano.

—Tranquilo, no lo hará, confío en ella con mi vida. En realidad, la he traído para darte un presente sin levantar las sospechas de Timothy —explicó Clarice, y abrió la caja que la sirvienta aún sostenía para tenderle el regalo—. Esto es para ti. Es el blasón de mi casa, lo he mandado hacer para que puedas llevarlo en nuestra boda.

El pelirrojo extendió la mano y tomó el broche. Era un escudo con pasador, de oro macizo, tallado con delicados grabados que mostraban las cuatro partes del emblema ancestral del condado de Armfield: dos robles y dos lincees en un broquel rodeado de laureles. Lo observó en silencio antes de levantar la vista hacia Clarice, que se mordía los labios y lo miraba preocupada.

—¿Acaso no te gusta? —dudó.

—Por supuesto que sí, ángel mío, es precioso.

La joven sonrió y se lanzó a sus brazos. Sin embargo, Russell la alejó antes de que llegase a tocarlo. Una expresión indescifrable brillaba en sus claros ojos grises, y por un momento Clarice dudó. Estaba a punto de preguntar al respecto cuando él habló.

—Deberías irte, mañana es el gran día y no deseo que nadie sospeche hasta que seamos uno de forma oficial —dijo—. Voy a soñar contigo esta noche, no tengas la menor duda.

—Yo también soñaré contigo —sonrió Clarice.



—Entonces vete ya, amor mío —se despidió Russell.

La joven asintió ruborizada, antes de darse la vuelta para volver al carruaje seguida de Jane, que cerró la puerta con suavidad. En cuanto ambas mujeres hubieron entrado, el cochero tiró de las riendas y espoleó a los caballos. Estaban lejos del centro y Clarice se moría por llegar a casa. Después de todo, una novia que se preciara necesitaba un sueño reparador. Una sonrisa se dibujó en sus labios, no podía esperar al alba.



Para desgracia de Clarice, el gran día se levantó encapotado. Nubes grises y púrpuras cubrían el cielo e impedían que brillase el sol. «Bueno, no voy a desanimarme por eso», pensó la joven mientras se ajustaba la pequeña tiara de diamantes en la cabeza. Llevaba el cabello recogido en un intrincado moño del que colgaban tirabuzones y unos pendientes de perla en forma de lágrima le adornaban el rostro. Estaba radiante, por dentro y por fuera. El cuarto trasero de la iglesia de St. Helen parecía un caos. A pesar de que estaba vacío, había prendas desperdigadas por todas partes. Tal como le había sugerido Russell, en la iglesia no había nadie aparte del sacerdote y la novia. Ni siquiera Jane, su dama de compañía, había sido invitada. En tales circunstancias, Clarice se vio forzada a vestirse sola en la antesala clerical.

Hacia media tarde el cielo era ya el escenario de una incesante maraña de agua y truenos. Pero el ánimo de Clarice permaneció alegre. Cuando las campanadas de media tarde

comenzaron a sonar al ritmo de su corazón, la joven tomó el flamante ramo de novia formado por rosas blancas, lirios, y gardenias, y soltó el aire que guardaba en el pecho para aplacar los nervios. «Valor, Clarice, estás a punto de convertirte en la mujer más feliz de la tierra», pensó mientras giraba el pomo para abrir la puerta. Dado que no había coro, ni monaguillos, ni invitados, ni decoraciones florales, la iglesia estaba sobria y tranquila. Las velas de candelabros y lámparas permanecían encendidas y el aroma a incienso inundaba el aire. La joven clavó los ojos en el altar esperando hallar allí a Russell, pero para su sorpresa solo encontró al párroco.

Desconcertada, avanzó por el pasillo alfombrado hacia el retablo y, al verla, el clérigo dejó su labor de abrillantar cálices para mirarla. Clarice tragó saliva, inquieta.

—Reverencia, ¿no es cierto que son las seis en punto?  
—preguntó nerviosa.

—Pasan las seis y media, y de la boda que debía officiar parece que solo ha aparecido uno de los implicados —contestó con voz solemne—. Cuando eso ocurre... Tal vez sea mejor que regrese usted a su hogar, puedo mandar a buscar a algún familiar si lo desea.

—No, no, esperaré. A Russell ha debido pasarle algo, lo sé.

—Querida niña, que Dios me perdone por lo que voy a decir, pero tal vez esto sea una bendición —dijo el sacerdote, y posó el cáliz para centrarse en Clarice—. Una boda oculta es a todas luces un error, un acto indigno que marcaría su reputación sin remedio. Que el novio no haya venido es una muestra de su poco...

—¡Vendrá! —exclamó Clarice—. Sé que vendrá, no me va a fallar.

—En tal caso, aguardaré con usted y tendré unas serias palabras con él.

Clarice no respondió. El pánico le recorría las venas. Estranguló el ramo sin darse cuenta de que lo hacía y cuando una de las espinas se le clavó en un dedo, siseó, volviendo a la realidad de golpe. Cuando las campanadas de la iglesia marcaron las siete, el miedo ya no pudo ocultar su tristeza: quería morir allí mismo, en medio del altar, y que la enterraran en ese bochornoso día. A las ocho, las lágrimas se desbordaron de sus ojos como un torrente y, al verlo, el sacerdote se acercó, dispuesto a acompañarla a la salita para que se cambiara el vestido de novia por otro.

Entonces se abrieron las puertas de la iglesia. El jaleo se oía desde lejos, y tanto la novia como el párroco se volvieron para ver cuál era el motivo del estruendo. Tres hombres y seis mujeres hablaban a voz en grito, entre risas, a medida que se acercaban a paso lento por el pasillo alfombrado. Russell era uno de ellos y, al verlo con dos fulanas pendidas una de cada brazo, Clarice sintió que le temblaba hasta el alma. ¿Qué estaba pasando? Sabiéndose dueño de sus pensamientos, el pelirrojo se acercó.

—Mi dulce y tontita Clarice, veo que aquí estás, esperándome como una idiota leal —comentó Russell, a todas luces borracho—. No me mires así, ángel mío, no creerías que iba a casarme contigo de verdad, ¿no?

—Russell, ¿q-qué estás diciendo? —murmuró ella con la garganta seca.

—¡Claro que lo cree, Russ, mira cómo va vestida! —dijo uno de sus acompañantes.

—¡Mejor haría en quitárselo, el blanco es para mojigatas, le va a traer mala suerte! —se burló una de las mujeres antes de alzar una botella de ron y dar un trago.

Ese fue el momento en que el sacerdote reaccionó y decidió intervenir.

—¡Por Jesucristo! —exclamó—. ¡Fuera de aquí ahora mismo, todos!

—¿Quién nos va a sacar, oh, ilustrísima? ¿Tú? —dijo el tercer varón.

—Calla, Charlie, es un cura... No querrás ofender a Dios, ¿no? —se burló Russell.

El grupo rompió a reír y Clarice avanzó para darle una bofetada a su antiguo prometido. Sin embargo, antes de que su pequeña mano enguantada llegase siquiera a rozarle la barba, el pelirrojo le sujetó la muñeca y se la dobló, para ponerla de rodillas.

—Estúpida, deja de humillarte y vuelve a tu casa, no tengo intención de casarme contigo, ni ahora ni nunca —dijo, y le arrojó el broche de oro con el blasón.

—Creí que me amabas... —sollozó Clarice.

—¿Oís, amigos míos? ¡Creyó que la amaba! —se burló Russell—. Por supuesto, eso es lo que yo quería que pensaras. ¿Amarte? Jamás te amaría, niña malcriada, aborrezco a los de tu clase. Antes prefiero la muerte que unirme a alguien tan despreciable como tú.

Clarice enmudeció y el párroco aprovechó el repentino silencio de la joven para sacar a empujones a los borrachos

de la iglesia. Ninguno se resistió, en vez de ello se pasaron varios fajos de billetes como si hubieran estado apostando sobre la respuesta de ella. Una vez a solas, el dolor la golpeó tan frío y cortante como el acero. Ni siquiera oyó las palabras del sacerdote, que le rogaba que esperase a que escampara antes de salir. Cruzó las puertas de la iglesia y se dejó caer sobre los baldosines embarrados.

Que la oscuridad se la tragara, ya nada le importaba.



La lluvia golpeaba los cristales con un incesante repiqueo. Cuando un relámpago brilló en la lejanía, la luz de las velas de la lámpara titiló, antes de que el trueno resonase en la estancia. Aquella era una tarde inusual para estar a principios de abril, pero el conde de Armfield no iba a quejarse. Odiaba Londres con cada fibra de su ser, y la comodidad de su casa era el refugio ideal ante las inclemencias del tiempo, las «amistades» molestas, y peor, las mujeres que lo perseguían como moscas. Era el precio que debía pagar por ser soltero, noble y rico en un lugar como ese. Sin embargo, no se iba a quejar; todo lo hacía por su hermana. Que Clarice tuviese una temporada social adecuada era lo mínimo que le debía, así que allí estaban, atrapados en Londres.

Cuando resonó un nuevo trueno, se acercó a la mesa de licores para servirse una copa de ron. Estaba a punto de tragarse el dorado contenido cuando la campanilla de la puerta sonó y los pasos de Jane, la dama de compañía de su hermana,

resonaron por el pasillo. La campanilla volvió a sonar de forma más insistente y la urgencia sorprendió al hombre, que pasó la mirada por encima del hombro para ver quién era. Tenía curiosidad, y no pudo evitar la sorpresa cuando la conocida figura de la condesa de Conhall se hizo visible bajo el tejadillo de la puerta. Aún más sorprendente era su aspecto. La elegante dama traía las mejillas rojas, la respiración agitada y la ropa empapada.

No supo por qué, pero, como si intuyese que algo terrible había ocurrido, Timothy dejó la copa en la mesita y se encaminó a la puerta. Al verlo llegar, la dama no hizo caso a la sirvienta y se aferró a los brazos del perplejo conde.

—*Lady Mary*, ¿se encuentra usted bien? —inquirió él.

—Lord Timothy, es Clarice... Tiene que venir conmigo, rápido —urgió ella.

Las palabras lo alarmaron y sujetó a la condesa por los hombros con mano firme. Se estaba empezando a asustar. Su respiración se agitó y tragó saliva.

—¿Qué le ocurre a mi hermana? —dudó Timothy.

—Está muy mal y se niega a escucharme, tiene que traerla a casa.

Un miedo feroz empezó a instalarse en el pecho de Timothy, que soltó a *lady Mary* y salió por la puerta sin molestarse en ponerse un abrigo o una capa que lo protegiera de la lluvia. Las cortinas de agua lo empaparon al instante, pero no le importó. Dirigió sus pasos hacia el carruaje de la dama y subió de un salto seguido de cerca por ella, que corría tras él con pasos acelerados como un ratón. Una vez resguardados de la lluvia, *lady Mary* dio orden de ponerse en marcha

y clavó aquellos ojos marrones y claros que tenía en los azules del hombre, que parecía tremendamente angustiado.

—Cuénteme qué le ha sucedido a Clarice, *milady*, se lo ruego —pidió Timothy—. ¿Está herida? Dígame que no, por Dios...

—No estaba herida cuando la dejé para venir a buscarlo, el párroco me vio por casualidad, ¡y menos mal! —contestó ella mordiéndose los labios.

—¿El párroco? ¿Qué párroco? Pero ¿de qué me está hablando, *milady*?

—No insista, por favor, no diré más. Creo que será mejor que lo vea usted mismo, ya no estamos lejos. —La mujer bajó la mirada mientras negaba con la cabeza.

Timothy optó por no insistir, tal era la firmeza de la negativa de la dama, y *lady* Mary no quiso decir nada más, así que aguardaron en silencio. Cuando el traqueteo se detuvo, el conde tiró de la cortina para ver dónde estaban. Su sorpresa fue grande al comprobar que se hallaban en el centro de Londres, junto a la iglesia de St. Helen. Timothy recorrió el lugar con la mirada en busca de su hermana, hasta que dio con ella; estaba inclinada bajo una de las dos grandes arcadas del templo, arrodillada entre los adoquines embarrados con el párroco a su lado tratando de protegerla en vano de la tormenta.

La imagen era tan desgarradora y miserable que le partió el corazón.

La joven estaba vestida de novia y tenía el vestido blanco nacarado, empapado y lleno de lodo, parecía un trapo viejo. Tenía los rizos, dorados, pegados al rostro y temblaba,

no supo si de frío o por el llanto que la sacudía. Sin importarle la bochornosa escena, Timothy corrió y se arrodilló a su lado, para comprobar lo helada y pálida que estaba. ¡Sabe Dios cuánto tiempo llevaba ahí tirada llorando bajo la lluvia! Al ver que alguien la sostenía, Clarice lo miró. Timothy la abrazó y ella se lanzó a llorar sobre su chaleco empapado.

—¿Qué ha pasado, hermanita? —preguntó con voz suave, para no asustarla.

—Oh, Tim, es... es terrible, ¡mi vida se ha acabado!  
—sollozó Clarice.

—No vuelvas a decir eso, ¿me oyes? —espetó Timothy, y le alzó el rostro para que lo mirara—. Dime ahora mismo qué ha pasado, ¿qué te han hecho?

—Es Russell, me ha abandonado. ¡Nunca me ha amado, Tim!

Este se alejó y la miró perplejo, pero al ver que no continuaba, insistió.

—¿Russell? ¿De quién estás hablando, Clarice? —dudó.

—¡De Russell Carbury, el hombre que dijo que me amaba! —contestó ella.

Nada más decirlo rompió a llorar y Timothy supo que ya había oído bastante. Alzó a su hermana para ayudarla a caminar hacia el carruaje. No podía permitir que siguiese tirada bajo la tormenta o terminaría con una pulmonía. Sin embargo, mientras andaban no dejaba de pensar en lo que había dicho. ¿Russell Carbury? Los Richemond no conocían a nadie con ese apellido, ninguno de los nobles de su círculo de amistades era... ¡Oh! Carbury, de las siderúrgicas de acero. Uno de



esos nuevos ricos, magnates sin título, con más dinero que escrúpulos. Debía de referirse a alguien de esa familia, no había otra posibilidad, pues no había más Carburys en Londres.

¿De qué conocía Clarice a los Carbury? Debía averiguarlo. Cuando llegaron al carruaje, Timothy la ayudó a subir y se sentó frente a ella, que se recostó en el amoroso abrazo de *lady* Mary.

—Clarice, tienes que contármelo. Dime qué te ha hecho ese bastar... ese Russell —rogó Timothy—. ¿Ha comprometido el honor de los Richemond?

«Por Dios, que no lo haya hecho o le cortaré las pelotas con mis propias manos», pensó. Bastante horrible era ver sufrir a su hermana como para que además el nombre de su familia y la reputación de ella quedasen arruinados.

—N-no, dijo que me amaba, que se casaría conmigo y me haría su esposa ante Dios —musitó Clarice, todavía agitada por el llanto—. Dijo que, como no tiene título, debíamos casarnos en secreto para que mi familia no impidiese la unión. Todo era perfecto, pero cuando ha llegado el día de la boda...

—Tranquila, querida —la consoló *lady* Mary al ver que un nuevo sollozo amenazaba con apoderarse de la joven.

—No te apures, hermanita, dilo sin más. Nadie va a juzgarte por esto —le pidió Timothy.

Clarice asintió, nerviosa, y apartó la mirada al sentir que se sonrojaba.

—Hoy era el día, pero se ha presentado con un par de amigos y un montón de mujerzuelas —contestó sin mirarlos—. Se han reído de mí y se han lanzado billetes, como si

todo el asunto no fuese más que un juego. Al parecer solo he sido para él un reto, nunca me ha amado. Oh, Dios, ¡Timothy! ¡Que la tierra me trague! Quiero desaparecer...

—¡Te prohíbo hablar así, Clarice Richemond, ningún hombre vale tus lágrimas! —exclamó él, pero se silenció al ver la mirada de *lady* Mary. Después habló con un tono de voz más suave—. Sé que estás dolida, pequeña, pero encontrarás consuelo muy pronto, ya lo verás.

Clarice frunció el ceño y abrió los labios para replicar, aunque ningún sonido salió de su boca. Cuando encontró su voz, sonó débil y frágil como un conejillo apaleado.

—¿De qué estás hablando, Timmy? —dudó.

—De nada que deba preocuparte ahora, tú descansa —sonrió Timothy.

La joven se limitó a asentir y cerró los ojos, demasiado agotada emocionalmente como para discutir. Cabalgaron en silencio de regreso a Richemond Manor y, una vez que su hermana estuvo limpia, seca y tendida en la habitación con sus damas de compañía velando por ella, Timothy bajó a agradecerle a *lady* Mary lo que había hecho por ambos. Dado que su padre había muerto hacía varios meses y su madre estaba de viaje en el norte de Escocia, era su responsabilidad ocuparse de la familia, incluido el bienestar de su hermana pequeña. Al llegar a la puerta se detuvo y tomó la mano de la mujer entre las suyas.

—Gracias por lo que ha hecho hoy, *lady* Mary, no lo olvidaré —dijo.

—No hay por qué darlas, era lo mínimo que podía hacer. Aprecio a su familia desde hace muchos años, y ver que

aún hay malnacidos que juegan con jovencitas de buena familia me entristece mucho —contestó la condesa e hizo una pausa, como si estuviese eligiendo sus palabras—. Intuyo lo que planea hacer, lord Timothy, pero tenga cuidado. Russell Carbury podrá no ser de nuestro círculo social, pero tiene tanto dinero e influencias como si lo fuera. No cometa el error de subestimarlos.

—Créame, me las he visto en peores circunstancias, *lady* Mary. Un imbécil de Liverpool con ínfulas de noble no me supondrá ningún obstáculo —afirmó Timothy tensando la mandíbula.

—En tal caso, quizá le interese saber que el joven Carbury está emparentado con los Hasford. Tiene mucho dinero, pero él desea ser noble. Ya ve, los rumores corren como la pólvora hoy en día en Londres... Y todo el mundo sabe que es hijo de lord Charles Hasford.

Timothy frunció el ceño, determinado e irritado a partes iguales.

—¿Se refiere al duque de Casterberg? Creí que solo tenía una hija —comentó, antes de añadir—: ¿Me está queriendo decir que el tal Carbury es un bastardo?

—Sí, Russell es un hijo ilegítimo, su hermanastra es la heredera. Al parecer, su madre era de otra clase social, un amorío de lord Charles —explicó *lady* Mary—. Debo irme ya, pero no sin antes desearle suerte. No se preocupe por Clarice, pronto lo superará, solo debe pasar un tiempo entre amigos. Llévela a Cloverfield a disfrutar del sol y la brisa junto a los Wadlington, he oído que el verano en la campiña es entrañable.

—Eso haré, *lady* Mary.

—En tal caso me voy ya. Le deseo mucha suerte en su cruzada contra ese vil personaje —se despidió ella, sonriendo con tristeza mientras se alejaba.

Un pensamiento comenzó a tomar forma en la mente de Timothy al ver a la condesa alejarse escaleras abajo. Russell Carbury era un bastardo, literal y metafóricamente, pero no más que él. Más sabía el diablo por viejo que por diablo, y Timothy había estado con muchas mujeres. Carbury era rico, aunque si lo que buscaba era el poder y el prestigio de un título nobiliario, podía dárselo. ¿Qué mejor carnada había para un trepador que las influencias de un título de conde? Nadie rechazaría ese cebo, se lo pondría en bandeja de plata. Su objetivo ahora era evidente: *lady* Halley Hasford.

«¿Suerte yo?», resopló Timothy mientras se acercaba a la ventana para mirar el carruaje que se alejaba. «Nunca la he necesitado, y ni un desgraciado que solo busca ser noble, ni una cría malcriada romperán esa regla». Sea como fuere, tenía trabajo que hacer. Averiguar todo lo que pudiera sobre él era el primer paso. Si ese parásito creía que podía burlarse de los Richemond, se equivocaba. No mientras él estuviese a cargo. Si algo sabía era que por su familia y sus amigos no le importaba jugar sucio.

Había ido y regresado del infierno por amor en el pasado. Después de aquello, podía superar cualquier cosa. Tras su historia con Elisabeth Whitehall, era inmune al amor y su ponzoña.